

valerse de otra mano que le sea mas agradable que la mia. Por mas puras que hayan sido mis intenciones, quizá habrá creído el público que obraba yo por preocupacion, ó por hacer alarde de mi autoridad. Bien sabe Dios que no es así. Continúad vosotros sosteniendo la causa de su Iglesia con el celo que habeis mostrado siempre, y acordaos de mí alguna vez en la celebracion del santo sacrificio. Yo muero en la fe católica, apostólica, romana. Toda mi vida he profesado sinceramente la religion de mis padres, y léjos de abandonarla á la hora de la muerte, quisiera mas bien perder mil veces la vida." Se le preguntó si conservaba algun resentimiento contra el cardenal de Noailles. „Venga ahora mismo si quiere (respondió), y le abrazaré con todo mi corazon, siempre que convenga en obedecer á la santa Sede; porque quiero, añadió repitiendo la profesion de fe, morir católico, apostólico, romano."

En fin, los tres ó cuatro dias que vivió despues, fueron una materia de edificacion, la cual, á pesar de su debilidad estremada, parecia que iba en aumento al paso que se acercaba al fin de su carrera. Proponiéndole que tomase un caldo, dijo: „No es eso lo que yo necesito: solo debo tratar de mi salvacion: llamad al confesor." Le llamaron, y volvió á recibir la absolucion. Sin embargo, le presentaron un poco de vino de Alicante, mezclado con un elixir, que al parecer le corroboraba algo. Le tomó, y dijo: „No es por la esperanza ni por el deseo de curar; pero sé que en el estado en que me hallo, tengo obligacion de

obedecer al médico." Le esplicó el confesor las palabras de la salutacion angélica *Nunc et in hora mortis nostræ*, y el Príncipe repetia frecuentemente con mucho consuelo: „Sí, ahora, en este instante y en la hora de mi muerte." Se le preguntó si padecía mucho; y con un sentimiento verdaderamente heróico de penitencia, respondió: „No; y eso es lo que me affige." Como pretendiesen disminuirle los terrores de la muerte: „estoy tranquilo (dijo), y no siento morir, porque espero en Dios; pero me desconsuela mucho el haberle ofendido." Habiéndole dicho el cura párroco de Versailles que todos pedian á Dios que le conservase la vida: „de lo que se trata (replicó) es de mi salvacion, y eso es lo que deseo que pidais al Señor con todas veras."

33. El dia 28 se le trastornó mucho la cabeza, y dijo el mismo Rey, que ya no podia resistir. En efecto, cundia con rapidéz la gangrena, y era considerable la hinchazon. Vió su Magestad esta ruina con una resignacion perfecta á las órdenes del cielo, y repetia á cada instante los actos de las virtudes cristianas. El viernes por la noche, que era el 30 del mes, cayó en un sopor letárgico, que duró todo el sábado, y pareció que se disipaba al rezarle las oraciones de la agonía. No perdió el conocimiento en las ansias de la muerte, y dijo estas palabras, que fueron las últimas: „Dios mio, tened misericordia de mí: ayudadme, y no tardeis en socorrerme." Despues espiró tranquilamente el domingo, dia primero de Setiembre de 1715, á las ocho y media de la mañana. Habia

entrado en los setenta y siete años de edad, y setenta y dos de reinado, que es el de mas duracion que se ha visto en Europa, y uno de los mas gloriosos, á pesar de todas las paradojas de la irreligion.

34. No es de nuestra inspeccion realzar sus cualidades militares, políticas y sociales, que no tienen que ver con la religion, ó solo se refieren á ella de un modo indirecto. Lo único que podemos decir es, que el carácter de los que ultrajan á este grande hombre forma su mayor elogio. Sus enemigos son los enemigos del mismo Dios; y si él hubiese hecho contra la religion lo que hizo á su favor, tendria tantos panegiristas y admiradores, cuantos son los pirrónicos y los blasfemos que deshonran á este siglo infatuado con su ilustracion quimérica.

Por lo que hace á las virtudes cristianas, dió pruebas de todas ellas en el momento en que no tiene el hombre ninguna razon para disimular. Además desde sus primeros años se advirtió en este Príncipe el mas profundo respeto á la religion. Su celo constante en desterrar de sus estados el vicio en general, y en particular el duelo ó desafio, la blasfemia y la impiedad, y en reducir al gremio de la Iglesia á los vasallos que se habian separado de ella, ó en sostener el prodigioso número de misioneros que evangelizaban en Turquía, en Persia, en las Indias, en la China y en el mundo antiguo y nuevo, será una prueba eterna de su amor á la religion. Y en cuanto á las obligaciones propias de su estado, el orden que restableció en los tribunales, en los egércitos, en la marina y en el

sistema de la real hacienda, es una prueba del teson con que desempeñaba los cargos de su dignidad. Grande en los sucesos prósperos, lo fue aun mas en los adversos. En éstos fue en los que se mostró en cierto modo superior á sí mismo, y sobre todo grande por su religion. Agoviado de desgracias en la guerra, y afligido con la temprana muerte del Delfin, con la del duque y duquesa de Borgoña, del duque de Bretaña y del de Berry, de forma que siendo su real familia una de las mas florecientes, apenas le quedó un débil vástago, siempre se mantuvo como una roca inmoble en medio de las tormentas, nunca vaciló su fe, y léjos de quejarse, dijo: „Dios me castiga, pero bien merecido lo tengo. No obstante, pues me castiga en este mundo, espero que me perdonará en el otro.”

Se le han atribuido dos defectos principales, la incontinencia y la ambicion. Dificil seria justificarle en cuanto al primero; pero podemos decir que evitó cuidadosamente dar escándalo á sus vasallos, y que le cubrió con el velo de la decencia y dignidad que acompañaban á todas sus acciones. Él edificó á la Francia con la penitencia que por esta ciega pasion hizo en el trono, la cual fue mas pública que sus desórdenes. En cuanto á la ambicion, es necesario traer á la memoria las verdaderas causas que le movieron á emprender ó sostener la mayor parte de las guerras que hizo. Luis XIII, ó por mejor decir, Richelieu, habia procurado ya humillar á la casa de Austria, que siendo dueña del imperio germánico, de España y de

Italia, tenia en cierto modo bloqueada á la Francia, y era de temer que la subyugase tarde ó temprano. Hallándose Luis XIV empeñado en esta empresa antes de llegar á la edad competente para gobernar, la continuó sin duda luego que conoció su importancia, y no desistió de la guerra mientras vió que era necesaria para asegurar la tranquilidad de su reino. Pero léjos de escederse, usó en muchas ocasiones de una moderacion singular. Acordémonos de lo que hizo para evitar la guerra de 1667; de su condescendencia en ofrecer una y muchas veces que se apartaria de las pretensiones que mas le interesaban con respecto á la España; de las plazas que efectivamente cedió á esta corona para moverla á ajustar la paz de Nimega; de su generosidad religiosa en levantar el bloqueo de Luxemburgo, luego que tuvo noticia de la irrupcion de los turcos en Austria, y en suspender toda hostilidad hasta que levantasen estos infieles el sitio de Viena, y del abandono que despues de una larga serie de victorias hizo de todas sus conquistas en Riswick. Sin embargo, ya que no se propusiese ninguna idea ambiciosa ó interesada al hacer la guerra, tuvo á lo menos demasiada facilidad en emprenderla, ó alguna vanidad en sostenerla. Pero ¡con qué edificacion lo confesó él mismo en medio de su córte, y con qué resignacion aceptó, movido de un verdadero espíritu de penitencia, las terribles desgracias de sus últimos años! Luis, á pesar de sus pecados, se puede decir en alguna manera que fue como David, un Rey segun el corazon de Dios; y mereció sin duda, del

mismo modo que Clodovéo, el título de defensor de la fe, que daba San Remigio al primer Rey Cristianísimo.

35. En las circunstancias en que se hallaba la iglesia de Francia, fue una verdadera desgracia para ella la muerte de un Rey que poseia en grado supremo el principal talento del trono, esto es, aquella dignidad natural y aquella superioridad inesplicable que sin esfuerzo y como irresistiblemente se hace reverenciar y obedecer. Luego que murió este Príncipe, mostraron la mayor insolencia los novadores que antes quedaban aterrados con una sola mirada suya. Insultaron públicamente su memoria; formaron y publicaron proyectos sediciosos; perdieron el respeto á las personas constituidas en dignidad, y procuraron sembrar la discordia en todas las clases del estado. Se vió el reino inundado de libelos; se escitaba á los pueblos á que juzgasen á sus pastores; se estendió á la mayor parte de los otros cuerpos la division que reina ba en el episcopado, y aun se introdujo en algunas universidades: varios sacerdotes y religiosas sacudieron abiertamente el yugo de la obediencia; en una palabra, fue tal el desenfreno que consternó á los fieles sinceros, que les hizo creer que estaban muy próximos á padecer los lastimosos efectos del cisma.

La circunstancia de una menor edad disputada, el peligro de una guerra civil, especialmente si se atraesaba el motivo de religion; la audacia de algunos hombres arrebatados; su industria para hacer que los incautos abrazasen su causa, y la seguridad con que

hacian alarde de sus fuerzas, parecia exigir que se usase de una condescendencia estremada. El regente tomó el partido de disimular por algun tiempo lo que creia peligroso castigar de pronto, estando dispuesto, como él mismo lo dijo entonces, á hacer que los refractarios se avergonzasen de sus desbarros, ó á obligarlos algun dia á reparar sus desórdenes. Desde luego trató de reducir, á fuerza de favores, al cardenal de Noailles. Mandó que saliese de París el padre Tellier, nombrado confesor del jóven Rey por su augusto abuelo: levantó el destierro á varios doctores adictos al cardenal: dejó muchos beneficios á disposicion de su eminencia, y le dió otras muchas pruebas de particular aprecio.

Al mismo tiempo cuidó de escribir al Santo Padre, asegurándole que le trataria con los mismos miramientos y respetos que habia manifestado constantemente el difunto Rey á la Silla apostólica. Justificando en cierto modo su conducta con respecto al cardenal, daba á entender á su Santidad que esperaba cortar á lo menos el origen de los disturbios en el espacio de un mes. En efecto, le habia dado palabra el cardenal de que dentro de un mes, á mas tardar, le entregaria un edicto de aceptacion.

Pero sucedió con esta promesa lo mismo que con las anteriores. Se pasó el mes, y no pareció el edicto ni se volvió á hablar de él. Lo mas singular es, que las gracias concedidas con el objeto de facilitar la reunion, solo sirvieron para retardarla, pues se anunciaron en las gacetas del partido como una recompensa

de la firmeza del cardenal en desechar la bula. Por todas partes se publicó que habia encontrado en el Príncipe regente un poderoso apoyo contra las violencias del Papa: que para desagraviarle de las injurias que le habia hecho la córte de Roma, se remitia el exámen de la bula al consejo ó tribunal de conciencia, del que era presidente el mismo prelado; y que con la idea de proporcionar medios para aumentar su partido, se habian dejado á su disposicion los beneficios. Hicieron tanto ruido estas imposturas, que pusieron en mucho cuidado al Papa, como se vé por el breve que escribió al regente con fecha de 1.º de Octubre de 1715.

En la asamblea que se celebró este año, condenó el clero las Exaplas y el Testimonio de la verdad. Con esta ocasion se armaron nuevos lazos para sorprender la sagacidad y la religion de los prelados de Francia: por lo que fue la asamblea muy tumultuosa. Se decia públicamente que los tiempos habian variado mucho, y que los constitucionarios debian temer los efectos de la autoridad de Mr. Noailles. No sirviendo las amenazas mas que para irritar los ánimos, se recurrió otra vez á las promesas, y se aseguró que el cardenal iba á aceptar la constitucion, pero con tal que no se diese antes la censura de dichos libros. Era muy sutil el lazo, y cayó en él el arzobispo de Narbona, presidente de la asamblea. Pero los demás aceptantes que habian sido engañados tantas veces con esta falsa promesa, no quisieron convenir jamás en diferir la censura: con cuyo motivo se obstinaron los

refractarios en pedir que á lo menos se hiciese en ella mencion de la bula, pues les importaba mucho impedir que se ratificase su aceptacion en unas circunstancias en que no podia pretestarse ya, como en tiempo del difunto Rey, la falta de libertad para votar. Por otra parte, decidir sobre unos libros sumamente injuriosos á la bula, sin hacer mencion de ella, era confesar que tenia razon el partido para desacreditarla. Se la nombró, pues, y se la ratificó espresamente, á pesar de todos los esfuerzos y reclamaciones del arzobispo de Narbona, que, aunque era ortodoxo, tuvo la imprudencia de presentarse como fautor de la novedad: de lo cual se arrepintió amargamente cuando vió en lo que habia venido á parar su condescendencia escesiva y las promesas de los refractarios. Dada la censura, no omitieron éstos diligencia alguna para impedir que se imprimiese, para que se colocase la minuta en parage de donde ellos pudieran extraerla, y para que no se distribuyesen copias á los varios miembros de la asamblea. Nada pudieron lograr en cuanto á este último punto, y se vió despues cuán necesaria habia sido esta precaucion, porque en efecto desapareció de los archivos el original de una de las dos censuras, y á no ser por las copias entregadas á los prelados, no hubiera dejado de decirse que era imaginaria la condenacion.

36. Con pretestos mucho mas débiles se movió á la Sorbona á declarar apócrifa la aceptacion formal que habia hecho de la bula, y á marchitar en un dia el esplendor que habia adquirido en cinco ó seis

siglos por su adhesion inviolable á la fe y á la Cátedra de San Pedro. En vano se empeñaron los mas ilustres doctores en librarla de la ignominia de desmentir el titulo de la mas distinguida escuela cristiana del universo. Se burlaron los demás individuos de sus temores, despreciaron sus consejos y se irritaron con sus representaciones. Una multitud de jóvenes insolentes escitados por algunos viejos seductores, sofocaban la voz de los otros á fuerza de gritos descompasados. Si la parte sana se quejaba de una conducta tan indecente, se la respondia con voces y gestos de gente furiosa: si queria protestar, se pasaba á la violencia, se la trataba indignamente, y cuando menos, se la declaraba escluida del cuerpo de la facultad.

En una palabra, hubo doctores que al dar su voto acerca de la bula, dijeron descaradamente que aquel monstruoso decreto estaba respirando infidelidad, que era un documento execrable y una de las puertas del infierno, cuyos esfuerzos para prevalecer contra toda la Iglesia era necesario impedir. A fin de destruir, si fuera posible, hasta el menor vestigio de ella, sostuvieron que no lo habia aceptado la facultad por su acuerdo de 5 de Marzo de 1714, porque nunca habia sido capaz de faltar así á la Religion, ni de trastornar la gerarquía, las libertades de la iglesia galicana y los derechos de la corona. Y usando de un efugio inaudito hasta entonces, distinguieron entre el registro y la aceptacion, y convinieron en que la Sorbona habia registrado la bula, pero negaron que la hubiese aceptado. Se procedió á la votacion, y el resultado fue

que era falso que la facultad hubiese recibido jamás la bula. Quedaba, no obstante, una dificultad muy embarazosa para los que no se habian desprendido de toda rectitud y probidad; y era que en la minuta de los acuerdos se hallaba, como hemos visto, la palabra aceptación, del mismo modo que la de registro. Para desvanecer este obstáculo, se declaró falso y supuesto el acuerdo del registro, y como tal se borró de los libros. Pero nada se adelantó con esto, porque sabia todo el público por el mismo autor de los Exaplas, tan favorable á la facción cismática, que la facultad habia recibido la bula en 1714 por una pluralidad de quinientos veinticinco votos contra veintidos, y que cinco dias despues habia confirmado su acuerdo con las palabras terminantes de aceptación y obediencia.

37. Indignado el regente de una conducta tan odiosa, y de otros muchos excesos que no le habia sido posible evitar, tomó el partido de prohibir por algun tiempo á la facultad que celebrase ni aun sus juntas ordinarias. Varios obispos creyeron tambien que debian prohibir á sus diocesanos la asistencia á estas escuelas, por ser unos manantiales de doctrina corrompida. El obispo Tolon, en particular, declaró que no admitiria á las órdenes sagradas ni al estado eclesiástico á ninguno que estudiase en escuela que no hubiese recibido la bula, ó que retractase la aceptación que hubiese hecho de ella. La facultad delató esta declaracion como escrito caluminoso, escandaloso y cismático, y mandó imprimir la delacion, la

cual fue condenada por el obispo como injuriosa, no solo á los obispos de Francia, sino á todo el cuerpo del episcopado, y como herética si se entendia en un sentido contrario á la autoridad de la constitucion. Quería tambien el Papa usar de rigor contra la insolencia de unos simples sacerdotes que se erigian en jueces y censores de los jueces de la fe; pero se le hizo presente que esto seria apartarse del verdadero camino, y acaso cumplir los deseos de aquellos clérigos atrevidos, escitados verosímilmente para llamar la atención é impedir que se procediese con seriedad contra los obispos refractarios. Por tanto miró entonces con desprecio aquel atentado inútil, y solo despues de siete ú ocho meses, esto es, el dia 18 de Noviembre de 1716, declaró á dichos doctores privados, hasta que se arrepintiesen, de todos los privilegios concedidos á la Sorbona por los Papas precedentes, prohibiendo á la facultad que confiniese grados á nadie, pena de nulidad declarada desde entonces.

38. Recurriendo los prelados perseguidos á sus acostumbrados refugios, volvieron á entablar las negociaciones, y lograron que algunos aceptantes tratasen de los medios de conciliar los ánimos. Se propusieron mil proyectos, pero siempre venian á parar á las esplicaciones que querian hiciese el Papa de su bula, y que no podian esperarse de un Papa tan perspicáz y tan firme como Clemente XI. Sin embargo, trajeron á la memoria que este Pontífice, indulgente en cuanto no se oponia á las leyes de la

prudencia, despues de haber declarado que no daría esta satisfaccion á los refractarios, habia añadido: „A no ser que obedezcan antes.” Con lo cual se presumió que si le pidiesen las esplicaciones los obispos que habian recibido la bula, podria muy bien acceder á sus instancias. Veamos el uso que hicieron de aquella insinuacion del Papa.

Suplicaron, pues, los refractarios á algunos prelados aceptantes que les favoreciesen y se reuniesen con ellos á fin de conseguir del Papa unas esplicaciones que les facilitasen la sumision. Los aceptantes, que deseaban con vivas ansias el restablecimiento de la unidad católica, y se persuadian á que los otros nada mas esperaban que las esplicaciones del Papa para someterse á la bula, les prometieron sus buenos oficios para con el Santo Padre. Se resolvió escribir á su Santidad en nombre de todos los prelados que habian aprobado esta propuesta. Escribieron la carta los refractarios, y la presentaron á los aceptantes que habian prometido firmarla. Exigieron éstos que se hiciesen en ellas algunas correcciones, y se borró á su vista todo lo que les habia parecido mal, ofreciendo que no se haria uso de los pasages enmendados: despues de lo cual se les hizo firmar la carta en el mismo egemplar que acababa de corregirse. Como ellos no sospechaban que pudiese abusarse de sus firmas, estuvieron esperando sin ningun cuidado la respuesta de Roma. Pasaron muchos meses en vana expectativa, hasta que al fin supieron por una gaceta de Holanda, que se habia impreso su carta, segun

estaba antes de las correcciones que habian exigido, y se hicieron en su presencia. Entonces conocieron con indignacion, que cuando el partido solicitaba sus firmas, solo pretendia persuadir al público que ellos mismos juzgaban insuficientes las esplicaciones dadas á la bula por la asamblea en que la habian recibido, y que en cierto modo tenian suspensa esta aceptacion, hasta que el Papa tuviese á bien explicar su constitucion por sí mismo. Se avergonzaron sin duda de haberse dejado engañar en una causa como esta, pero si este rasgo de perfidia humilló á los que fueron victimas de él, tambien llenó á sus autores de una verdadera infamia.

Tenia mucho interés la faccion en que no viese el público la minuta corregida de la carta, que segun habian dicho los refractarios, querian dirigir al Papa; y así por mas diligencias que se hicieron, nunca se la pudo sacar de las tinieblas en que la habian sepultado. Por fortuna se habian esparcido algunas copias, en las cuales se veia claramente que los obispos aceptantes que la habian firmado, léjos de variar acerca de su adhesion á la bula, persistian invariablemente en su aceptacion, y la confirmaban en términos formales. Además se vió por las mismas copias que los partidarios habian esparcido por Paris, que de treinta obispos que se asegura habian firmado la carta, solo habia diez y siete ó diez y ocho comprendidos en este número de los refractarios, que verdaderamente hubiesen puesto en ella su firma; y aun en este corto número hubo muchos que declararon